

meros, cuatro por banco y por remo. Las escotillas estaban abiertas. Aquella enorme viga, era una verga; aquella gruesa columna de madera tendida al suelo hasta perderse de vista, era el palo mayor; trescientos sesenta pies de altura, tres pies de diámetro en la base; no había cables, sino cadenas. El montón de cadenas de un navío de cien cañones tenía cuatro pies de altura, veinte de anchura, ocho de profundidad.

En los buques en construcción, observo que tomamos la forma inglesa, mientras que los ingleses toman la nuestra. Nuestra borda avanza, la suya se retira.—Nosotros buscamos el abordaje, ellos lo rehuyen, me decía el marinero que me servía de guía.

Por lo demás, el buque moderno, negro y blanco, es feo por fuera. ¿Dónde están los buques de púrpura con el castillo de popa? Los progresos de la artillería han estropeado lo mismo el buque que la fortaleza. Las vulgarísimas esculturas de popa y proa son sencillamente estúpidas.

He visto la *Belona*, que ha recibido ciento sesenta cañonazos en su casco en San Juan de Ulloa. Ni uno solo penetró. ¿Malos cañones ó buena fragata?

## IV

## EL PRESIDIO DE TOLÓN

## Hojas de álbum

Entrada del presidio. Barca de río. Presidarios educados que ofrecen taburetes y almohadones. Embarcaciones en las que reman presidarios. Rápidas. Sol poniente. Hilera de grandes barcos atracados al muelle del presidio. Compañías de presidarios entrando en el pontón, fatigados, arrastrando sus cadenas, subiendo la estrecha escalera, sumiéndose en el calabozo bajo del buque. Presidios flotantes. Son dos fragatas desmontadas, la *Themis* y la *Nereida*. Dos amores groseramente esculpidos y pintados de amarillo juegan en la popa de la *Nereida*. Visita de los presidarios al paso del puerto en el presidio.

Aspecto de sus dormitorios en el momento en que acaban de entrar. Se pasa una varilla de hierro sujeta por un candado en el último eslabón de todas las cadenas. Camas de campaña. Una caja, un colchón, una manta para los buenos. La cama del trapista es un favor para el presidario. Encima de la puerta, pintura de un presidario, figurando la llegada al presidio, el gendarme, el sombrío criminal, el inocente que se echa de hinojos, etc. Otra pintura

en otra sala, representando el crimen. Un desierto, la víctima en tierra, el asesino la contempla despa-  
vorido; en el fondo del paisaje, dos ángeles le ven  
(Prud'hon).

Sala de los probados. No llevan cadena. Van  
alguna vez á la ciudad. Tienen un poco de carne y  
de vino.

Visita al presidio flotante de la *Themis*. Escalera  
claveteada con grandes clavos como los zapatos de  
los presidiarios. Aspecto del pontón. Entrepuesto de  
un navío desmantelado, con las escotillas con triples  
rejas. Siete recién llegados, tres de ellos árabes. Ros-  
tros graves y miradas penetrantes. Les han rasurado  
el día antes. Son pacientes y resignados. Uno de  
ellos, de alta estatura, delgado, es un morabito.  
Lleva el rosario en la mano.

En un rincón, en el fondo, debajo un tragaluz,  
tres montones de forma extraña cubiertos de un  
harapo de lana. De cada uno de esos montones sale  
una cadena que se arrastra por el suelo y va á ama-  
rrarse seis pies más lejos á una barra de hierro  
transversal remachada en el suelo. Son tres hombres,  
tres presidiarios, dos incurables y un loco. ¡Un loco  
en presidio! Los tres están inmóviles. No se ve nada  
de ellos, ni cabezas, ni brazos, ni pies.

Al salir, un presidiario enseña un perro mons-  
truoso encadenado en una casilla, grosera escultura  
en madera pintada hecha por un presidiario.

Al extremo de un dormitorio, sala de la doble  
cadena. Portillo con reja. Sale de allí olor infecto.  
Sala oblonga. En medio, una espina formada por  
dos líneas de camas de campaña puestas cabeza con  
cabeza. Al pie de cada cama un hombre encade-  
nado. La cadena, de doble peso que las otras, le  
permite un paseo al rededor de un radio de seis  
pies. Yo paso por en medio de ellos. Respetuosos,

pero amenazadores. Sombríos. Les hago dar algún  
dinero. No dan las gracias. Son los incorregibles.  
Algunos están allí tres años. «Presidio sobre presi-  
dio», como dice Mery.

... Satán, ese presidiario del cielo.

A la puerta de la doble cadena, al salir, un pre-  
sidiario dulzón me dice:—*Son unos canallas*.

Fragua. Los presidiarios forjan ellos mismos sus  
cadenas.

Capilla desnuda y triste. Ahora la están reparan-  
do. El confesionario á la derecha, junto á la puerta.  
—*¿Es visitado?*—*Alguna vez*.

Hospital. Semejante á todos los hospitales. Sala  
larga rodeada de camas de hierro. Sólo se oye el  
ruido de las cadenas en las camas de los enfermos.  
Muy limpio.

No ha habido ninguna evasión desde hace ocho  
meses.

Hombre, diez años de presidio *por cambiar seis  
liars (ochavos) falsos sabiendo que eran falsos*.

Hombre en presidio por crimen de trata. Ese fa-  
bricante de esclavos sólo llegó á ser presidiario.

El penado se levanta á las cinco de la mañana, y  
en verano al amanecer. Trabaja en las faenas más  
duras. Bajo el palo. Ningún recreo. Sólo se interrum-  
pe para comer, á medio día. Vuelve en seguida al  
trabajo hasta la noche; regresa exhausto de fatiga;  
come; se acuesta sobre una tabla, duerme, y vuelve á  
empezar. Algunas veces hasta morir. No conoce el  
domingo. No come más que pan negro y sopa de ha-  
bas, ni bebe más que agua. Ni vino ni carne. Llega á  
viejo, goza de buena salud. En este momento 37 en-  
fermos sobre 2.250.

Actualmente hay algunos casquetes *verdes* en To-

lón; los casquetes con carrillera amarilla, larga prisión; manga amarilla en la chaqueta, reincidencia. Letra en la chaqueta indicando el lugar de los trabajos: *A*, arsenal; *P*, puerto; *C*, cordelería, etc.

Penalidades formidables. Rebelión ó tentativa, asesinato ó herida de un compañero ó cualquier otro, golpes á un superior (desde el cabo de vara hasta el almirante, desde el mendigo hasta el par de Francia): *La muerte*. Evasión ó tentativa; golpes á un camarada; injurias á un superior; robo de más de cinco francos: *Tres años de doble cadena*. Jurar, fumar, cantar, desobedecer, resistencia al trabajo, no descubrirse ante un superior (esto es, delante de cualquiera que pase), etc.: *Calabozo ó palo*.

Violenta compresión exterior que recluye todo el hombre al interior. ¿Es un bien? ¿Es un mal? Para los unos sí, y para los otros no. Para los unos, eso crea una costumbre de disciplina que acabará por incrustarse en la naturaleza hasta la más rehacia. Según otros, eso debe ahondar aún más los abismos de odio y de hipocresía.

No se impone ningún castigo sin averiguación ni inspección. Todos los castigos pronunciados y recibidos quedan inscritos en el registro al lado del hombre, con el motivo y las circunstancias. Mucho orden en esa arbitrariedad. Los penados tienen un buzón aparte para el presidio y pueden echar secretamente sus quejas contra quien quieran. Aquéllas llegan siempre, y *secretamente*, al comisario del presidio, quien se informa y decide. Severidad, pero justicia.

Visita á los calabozos. Alguna vacilación. Insisto. Abren. Sala oblonga. Dos hileras de compartimentos, cuatro á cada lado. Cada compartimento tiene seis pies de largo, siete de alto, cuatro de profundidad, una puerta armada de hierro y un ventanillo de ocho pulgadas en cuadro. En el interior, una cama de

campaña, una jarra y una cubeta. Es el calabozo. Se puede estar allí siete ú ocho días. No hay luz. Poco aire.

Mientras visito dos calabozos ocupados, al volverme diviso una cabeza afeitada y repulsiva en el ventanillo del fondo por encima de mi cabeza. El presidiario en el calabozo. Ademán impasible. Aquella cabeza parece la de un condenado en el agujero de la guillotina. Horrible.

Calabozo de los condenados á muerte. Sala abovedada de unos diez pies en cuadro. Malsana. Está situada en el camino de ronda y el agua rezuma en ella.

Calabozo de los condenados á Brest, más terrible aun. Un lecho de campaña. Tragaluz con reja, por donde vigila un centinela.

No ha habido ninguna ejecución desde hace dos años. En ese calabozo ponen una escalera vieja, cajas viejas, etc., como en un desván.

En una celda, en una sala contigua, se lee: *Desaparecidos*.

Allí se ponen los objetos no reclamados de los penados muertos ó evadidos sin que se sepa cómo.

En suma, presidio limpio, lavado y bien conservado. Compararlo con el de Brest. Hablar de los dos climas. Tratar la gran cuestión: ¿aislamiento celular ó trabajo al aire libre?

El espíritu nuevo ha penetrado ya en el presidio y lo mejora. Introducir la división *pasión ó interés*. Evitar la infamia á los apasionados. No sentenciarla más que en las reincidencias ó por ciertos crímenes definidos.

El trabajo moraliza. La fatiga del cuerpo evita al espíritu la ocasión de pensar mal. El presidio, retocado, puede ser bueno. Mejor que las casas penitenciarias. En Brest hacen salir y trabajar á sus penados. Yo los he visto.

cuyas letras entraban casi las unas dentro las otras: ALALTEMILITERE. Después de largo estudio, acabé por descubrir que era un estímulo para los soldados sedientos.

Aix tiene dos campanarios; el uno no es más que una torre cuadrada; el otro es un chapitel del siglo xv de bastante buen estilo.

En Aix, cambié de coche y me dirigí á Draguignan. Después de dos horas de marcha detuve al cochero y bajé. Estaba en el campo de batalla donde, hace veinte siglos, Mario exterminó el formidable tropel de los teutones y de los cimbrios. Eran trescientos mil.

Es una inmensa llanura serena y tranquila, cultivada con cuidado, plantada de viñas, de olivares y de moreras, cortada aquí y allá por arroyuelos que se secan en verano, y á cuyos dos lados se arrastran, al norte y al mediodía, las últimas vértebras de los Alpes. Así se forman dos largas hileras de colinas de hermoso aspecto, bastante altas para rasgar las nubes.

El tiempo estaba cubierto. Algunas brumas llenas de lluvia se posaban muellemente en la garganta de las colinas. No obstante, al otro extremo de la llanura, un vivo rayo de sol hacía brillar una importante aldea apiñada sobre una eminencia.

Yo me había detenido junto á una pobre casa de campo, al borde de un arroyo sin agua. Un campesino de blusa azul empujaba hacia el campo inmediato un carrito tirado por un borrico. Una niña encaramada en un mulo caminaba hacia el lado de Aix, haciendo calceta. Los pavos y las pavas picaban la tierra en torno mío. A algunos pasos de la casa de campo, una mujer tendía la jarra á una fuente de piedra coronada por un busto de peluquín, en cuyo mutilado semblante se mezclaban las huellas del 93 con el recuerdo de Mario.

## V

## CARRETERA DE DRAGUIGNAN

## Hojas de álbum

3 de octubre.

Dejé Marsella á la madrugada en la diligencia de la viuda Avón. Estaba en el cupé. Llevaba á mi izquierda á un joven convaleciente del tifus, y á mi derecha á un oficial sardo. Como ambos á dos deseaban dormir, habían bajado los visillos que tenían enfrente. Por la ventanilla que quedaba ante mí, sólo veía un gran trozo de cochero sentado volviéndome la espalda. Me decidí también á bajar el visillo y á dormir.

A dos leguas de Aix, mis vecinos levantaron sus persianas y yo desperté.

Como muchas ciudades de la Provenza, Aix está construída de piedras grises que se confunden con los tonos polvorientos de los paisajes meridionales. De lejos, Aix se confunde con las colinas y es difícil distinguirla.

He notado pocos olivares en los alrededores de la ciudad del aceite. En cambio, he recogido en la pared de una posada esta inscripción en sanscrito,

Yo estaba registrando en mi memoria, buscando en ella los antiguos textos y confrontándolos con los lugares, y procurando hallar, ora en mi memoria, ora en el horizonte, los puntos de batalla de las legiones.

Pero se aproximaba una borrasca. Una extensa nube tomaba lentamente posición en la más alta de las cimas que dominan la llanura á mediodía. Tuve que volver al coche. El viento era tan fuerte, que un pobre anciano que andaba por el campo con una horca al hombro, avanzaba con gran dificultad.

Observé el resto de la llanura á través de la lluvia. El yacimiento calcáreo que forma el fondo agujerea la costra de tierra laborable de trecho en trecho, y cubre con su capa superior, como de una tabla, los desmoronamientos de arena y los terrenos de aluvi6n erizados de malezas.

Hacia el este observé algunos montículos de un aspecto singular. Son unas verrugas y unos lobanillos de una tierra floja y encarnada que en ciertos sitios parece hinchada y tumefacta á causa de estrangulaciones; el viento, la lluvia y el torbellino la han modelado con el tiempo en l6bulos y en granos, y la han cruzado de estrías y figurado intestinos. Algunos jaspeados de arena marcan venas amarillas, y el ocre dibuja algunas fibrillas rojizas. Parecen hígados y pulmones gigantescos esparcidos aquí y allá por el suelo.

La tormenta sólo se extendió hasta Brignolles. Estaban haciendo la vendimia. Una rumorosa muchedumbre, en la que había tanta alegría como afán de trabajar, hormigueaba en la plaza al rededor de los grandes árboles y de la graciosa fuente que el arquitecto había dejado desnuda y triste, y que la naturaleza ha cubierto de hojas y flores, como hubieran hecho Benvenuto ó Juan Goujon. Hasta el

Luc, la campiña estaba de fiesta. Grandes cantidades de racimos negros y blancos se amontonaban en el borde de la carretera. Y oía cantar en los parrales.

En el Luc, había cerrado ya la noche por completo. Una diligencia que pasaba sin farol chocó violentamente con una prensa que interceptaba la calle y estuvo á punto de volcar. El postillón tenía un furor provenzal que iba espectorando en prodigiosos juramentos:—¡Bribón de Dios! ¡Capón de Dios! ¡Bandido de Dios!—Jamás había visto guisar á Dios en tantas salsas.